



## TALLER DE DISCERNIMIENTO IGNACIANO

Javier, 9 y 10 de junio de 2012



### CLAVES DE DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL<sup>1</sup>

#### 1. ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE “DISCERNIMIENTO” E “IGNACIANO”?

##### 1.1. INTRODUCCIÓN

Hablamos, básicamente, del proceso humano por el cual convertimos nuestras convicciones interiores en decisiones de vida, y buscamos hacerlo en coherencia, en continuidad... de modo que nuestras convicciones se concreten en decisiones de vida (más o menos trascendentes), y nuestras decisiones sean coherentes con nuestras convicciones.

Desde el evangelio de Jesús se aportan dos llamadas a tener en cuenta en los procesos de discernimiento, dos llamadas que, por decirlo de alguna manera, hacen “evangélico” un discernimiento **humano**:

- a) la llamada al amor como dinámica de fondo que moviliza al discernimiento: ¿cómo amar efectivamente, aquí y ahora, en el momento y las circunstancias concretas de mi vida?
- b) la llamada a la “vigilancia”: llamada a estar “atentos” a factores exteriores y dinámicas interiores que pueden “pervertir” nuestros discernimientos (apartarlos de la lógica del amor), de formas muchas veces sutiles e incluso inadvertidas

¿Qué elementos subraya e incorpora, además de los anteriores, el discernimiento “ignaciano”?

- a) En primer lugar, la importancia y alcance que le concede: el discernimiento, el itinerario entre las convicciones y las decisiones, es uno de los itinerarios clave de la propuesta ignaciana de espiritualidad y vida (junto con el itinerario que va de lo mental a lo afectivo: del “conocer” al “sentir y gustar” y el itinerario que transita de mi sensibilidad a la de Jesús y de mi sensibilidad a la de los demás: del “contemplar” al “conocer internamente” para “más amar”).
- b) En segundo lugar, la pretensión de ir al máximo, de buscar el “más”, la máxima radicalidad en el amor; es la lógica que San Ignacio plantea ya desde el comienzo de los Ejercicios, como “Principio y Fundamento”: “solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados”.

---

<sup>1</sup> Tomado de varios artículos de Darío Mollá, sj y Josep Rambla, sj

- c) Finalmente, la convicción de que Dios se hace presente en nuestros procesos de discernimiento, mediante “mociones” y sentimientos interiores y, en consecuencia, las claves para escuchar e interpretar adecuadamente esas mociones, como acogida a Dios mismo y a su voluntad respecto a nuestra vida.

## **1.2. EL DISCERNIMIENTO**

### *Asumir nuestra condición humana, nuestra dignidad*

La capacidad de discernir está profundamente arraigada en la dimensión evolutiva e histórica del cristianismo, un crecimiento hacia la plenitud de Cristo (cf. Ef. 4,12-13.16), un progreso hacia la verdad completa, todo ello bajo la guía e impulso del Espíritu (Jn. 14,26; 16, 13).

Sin embargo, el viento sopla, pero no es fácil descifrar hacia donde va (cf. Juan 3,8). Y esta dificultad no es propiamente un problema, sino el síntoma de la condición de la persona que vive en este mundo, donde los espíritus, los aires, son muy diversos y conviene no dejarse llevar indistintamente por cualquiera de ellos (1 Jn. 4,1). Quizá hoy somos más conscientes de todo esto y es signo de madurez esta búsqueda de lucidez personal para no guiarse por normas o leyes exteriores, sino por esta especie de “sentido existencial” (Karl Rahner) que los antiguos llamaban discernimiento. Mal síntoma es la situación de las personas que o no son conscientes de la gran variedad de *inputs*, de aires que soplan en nuestra sociedad y en la Iglesia o que se dejan llevar de modo infantil, incapaces de una opción personal. Ya el Gran Inquisidor sostenía que la libertad es nuestra condición humana y al mismo tiempo la carga más pesada que hemos de llevar...

### *El Espíritu sopla donde quiere*

La Iglesia ha cantado durante siglos que el Espíritu llena el universo. Con razón, porque no hay espacios que monopolicen la presencia y acción del Espíritu. Esto es una gracia antes que una responsabilidad. No necesitamos ni templos, ni conventos, ni casas de espiritualidad; ni tampoco actividades específicamente religiosas como la oración o los sacramentos para que el Espíritu se nos acerque y haga sentir su impulso y su llamada. Santa Teresa del Niño Jesús confesaba que, a pesar de dedicar cada día mucho tiempo a la oración, Dios, el Espíritu, se le hacía sentir en momentos y lugares ajenos a la oración. Jesús le dijo a la samaritana que ya no hay que buscar a Dios “en este monte o en Jerusalén”, porque se ha eliminado la ruptura entre lo sagrado y lo profano (cf. Jn. 4,19-24).

Como los discípulos, que todavía no habían comprendido el misterio de la resurrección del Señor, que es el sí al mundo y a la vida, tal vez buscamos todavía en exceso “al que vive entre los muertos” (cf. Lc. 24,5) El Espíritu está activo en las escaleras del metro, en la autopista, en el supermercado, en la sala de espera del médico, en el estadio... El Espíritu realiza el “Dios con nosotros”. Esto es sumamente consolador, cuando a veces nos invade un sentimiento de ausencia de Dios. Hay una pregunta que nos deberíamos repetir de vez en cuando: ¿creemos que este mundo nuestro, el de hoy, es el lugar de

Dios, presente por su Espíritu? Es la cuestión previa y decisiva que se halla íntimamente unida a la necesidad del discernimiento. Tal vez en la distinta respuesta encontraríamos la verdadera división entre creyentes y no creyentes, entre cristianos y no cristianos y, luego, entre practicantes y no practicantes. Pero si estamos convencidos de que el Espíritu actúa en este nuestro mundo, hay dos condiciones que se nos imponen: el silencio y la discreción.

### *Dos exigencias: silencio y discreción*

En la práctica, no acabamos de tener una concepción evangélica de la espiritualidad, sino que la mutilamos y la reducimos a determinados campos llamados “espirituales”. Consecuentemente, no estamos atentos al Dios de las sorpresas, el que nos sale al encuentro cuando quiere, donde quiere y como quiere. Esta es, pues, la primera condición del discernimiento, el silencio. Un silencio que no es callar, no es la incapacidad de comunicación o el mutismo, sino una disposición humana, existencial, Se ha hablado a menudo de la espiritualidad evangélica como una espiritualidad de los ojos abiertos. Era el estilo de Jesús, que actuaba porque se daba cuenta de los que ocurría a su alrededor: del hambre de la gente, de la soledad de la mujer que entierra a hijo único, del apuro de los novios que ven que se les acaba el vino en la fiesta de bodas, de la generosidad de la mujer que echaba una monedita que era todos sus bienes en el cepillo del templo, del cansancio de los discípulos después de unos días de actividad misionera, etc. El silencio es algo que podemos practicar, mejor, hemos de vivir, durante el día siendo receptivos de los mil impactos que el entorno y nuestra propia vida nos emite. No es necesario hacer elucubraciones de ningún tipo, simplemente percibir la realidad en la calle, en el metro, en la oficina, en la carretera... Si no percibimos, si no captamos lo que se nos presenta, no podremos hacernos cargo de lo que Dios nos dice en el cada día un Dios para comunicarse con nosotros.

Sin embargo, si percibimos, pero no interpretamos, no discernimos, no llegamos a reconocer lo que Dios quiere significarnos en la vida. Por tanto, junto al silencio de la atención se requiere la capacidad de descifrar el lenguaje del Espíritu. Aquí es donde tienen lugar las distintas orientaciones que a través de los siglos se han ido acumulando en el arsenal de la espiritualidad cristiana. Son orientaciones que Ignacio de Loyola recogió y ordenó, a partir de su propia experiencia espiritual y de lo que le enseñó la práctica de ayudar a otros, junto con el estudio.

### *El Espíritu es el Espíritu de Jesús*

Ahora bien, sólo podemos descifrar los sentimientos espirituales en sintonía con Jesucristo. La interpretación se ha de realizar siempre con referencia a la vida y a la palabra de Jesús, acogidas y actualizadas en el contexto del mundo de hoy, Para descifrar hemos de afinar el oído en la escuela de Jesús, porque el Espíritu es el Espíritu de Jesús: nos lo recuerda y actualiza, lo prolonga a través de los siglos y de las distintas culturas y épocas (cf. Jn. 14,26; 15,26). Podríamos decir que Cristo, su palabra y su vida, son el norte que nos orientan sobre la dirección del Espíritu: buscar, crear, realizar en la dirección de la palabra y la vida de Jesús. Por tanto, el discernimiento tiene siempre una dimensión pneumatológica (atención a los sentimientos y luces

interiores) pero, a la vez, una dimensión cristológica (confrontación con la vida y palabra de Jesús, actualizadas en el hoy del mundo).

### 1.3. LA PRÁCTICA DEL DISCERNIMIENTO – EL LENGUAJE DE DIOS

#### *La dirección del viento*

El viento del Espíritu es un viento que no arrasa, sino que vivifica y construye. Con esto ya se tiene una primera orientación para descubrir si los aires que soplan son los del Espíritu o no. Aquellos sentimientos o luces que abren el corazón de una persona que se halla de forma habitual en la dirección del reino de Dios y su justicia son indudablemente impulsos del Espíritu. Y, de lo contrario, la persona que experimenta bloqueos y desaliento en este camino de fidelidad a la llamada de Jesús a su seguimiento hacia metas nuevas o hacia compromisos más evangélicas no debe dejarse arrastrar por esos sentimientos o luces.

#### *El Espíritu no siempre tranquiliza*

Ya se ve, por lo que acabamos de decir, que si el Espíritu mueve y alienta en la dirección de la palabra y la vida de Jesús, su acción no siempre ha de ser tranquilizadora. Es cierto, el Espíritu es el dador de la paz, pero la paz que nadie puede dar sino Jesús (cf. Jn. 14,27). Por tanto, una vida que se desarrolla en dirección contraria a lo que nos muestra la vida de Jesús y su palabra, es normal que se sienta perturbada al contrastarse con lo que le sugiere e inspira Cristo.

Esta precisión es muy importante porque hay una cierta tendencia a identificar con la paz del Espíritu cualquier tipo de tranquilidad, sosiego, alegría... ¿Cómo puede ser la paz de Cristo la que se produce en una persona o en un grupo que vive a espaldas de la realidad que Jesús ha escogido como lugar de encuentro privilegiado con él, los pobres? La persona que en una situación como la descrita, si al escuchar la palabra del evangelio o al recibir el impacto de alguna realidad social actual (hambre, marginación, mujeres maltratadas, despidos laborales despiadados, etc.) experimenta un cierto desconcierto y desazón y algo se le remueve por dentro, ha de pensar que es el Espíritu quien le inquieta, para abrirle el camino de la verdadera paz.<sup>2</sup>

#### *Significado de las consolaciones y desolaciones*

Cuando en lenguaje espiritual clásico se habla de “**consolación**” se considera también las lágrimas de dolor, por lo pecados, por la pasión de Cristo o por alguna acción cristiana. Cuando Jesús derramaba lágrimas ante el sepulcro de Lázaro o se le removían las entrañas ante la miseria e injusticia que sufría la gente, experimentaba algo muy positivo. Las lágrimas de san Agustín por sus pecados y por haber conocido demasiado tarde el amor de Cristo, las lágrimas de Teresa de Jesús en la contemplación de los dolores de Jesús en su pasión, las lágrimas de Iñigo cuando, bajando de Montserrat, ve que maltratan a un pobre, son verdadera consolación

---

<sup>2</sup> Ejercicios Espirituales, 314-315.

espiritual, ya que expresan unos sentimientos profundamente cristianos y ayudan a quien los experimenta a arraigarse más en la dirección de una vida evangélica, a seguir mejor a Cristo<sup>3</sup>. Paralelamente, la llamada “**desolación**” no es siempre un sentimiento amargo o doloroso. A menudo puede ser el bienestar de la atonía, de la insensibilidad ante el dolor ajeno, de un *dolce far niente* en la vida. Lo que la define es sobre todo su tendencia a llevarnos en dirección contraria a la del evangelio<sup>4</sup>.

También conviene destacar que la consolación o la desolación no indican un determinado nivel, más alto o más bajo, de vida espiritual, ya que a veces se experimenta la desolación en etapas de gran madurez cristiana, como lo muestran la historia de santos como Teresa del Niño Jesús o la Madre Teresa de Calcuta, atormentadas duramente en su fe en los últimos tiempos de su vida.

#### *Consolaciones y desolaciones en medio de la vida*

Conviene hacer una traducción de los distintos sentimientos o mociones espirituales a circunstancias de la vida ordinaria, sin limitarnos a los de la interioridad, como suele hacerse. Veamos algunos ejemplos de *consolación* a título indicativo:

- Vivir con una cierta connaturalidad la fe y la familiaridad con Dios en medio de los quehaceres diarios (familia, profesión, descanso, etc.).
- Experimentar unidad en los distintos momentos del día: pasar con facilidad de la oración al trabajo, de la vida individual a la comunitaria, de lo eclesial a lo social, etc.
- Sentir dolor profundo por la exclusión y la injusticia que padecen los pobres.
- Vivir con sentido teológico las distintas dimensiones de la existencia personal: ver las cosas desde la fe, esperar en medio de la desesperanza ambiental, amor cada vez más gratuito y desinteresado y sin acepción de personas.
- Hallarse habitualmente con una alegría y paz profundas, serenas...

En cuanto a las *desolaciones*, indico estos ejemplos:

- Experimentar oscuridad y falta de sentido en el apostolado, en el compromiso, en la familia, etc.
- Sentir turbación o desazón en el clima eclesial y político envolventes o ante las perspectivas de futuro de la fe o de la familia.
- Hallarse en una inclinación progresiva a pasarlo bien, a compensaciones afectivas no concordantes con el evangelio, a apego creciente al dinero, etc.
- Inquietud de fondo al sentir menos el peso de la fe y del evangelio en la vida, con una tendencia a abandonar el estilo de vida evangélico propuesto.
- Desidia y flojera en todo lo que uno hace: trabajo, familia, Iglesia, vida interior, etc.;
- Impresión de que Dios está lejos, de que estamos dejados de su mano....

---

<sup>3</sup> Ejercicios, 316.

<sup>4</sup> Ejercicios, 317.

## *Progreso en la vida cristiana*

El discernimiento puede llevar a la toma de decisiones, como fin de un proceso. Pero a lo largo de la vida, como Dios nos sale al encuentro sin cesar, el discernimiento lleva consigo, en primer lugar, un cierto adiestramiento y ayuda para el progreso en la vida espiritual o vida de fe. Y es un modo de hallar a Dios no a través de reflexiones, sino a través de “mociones”, las consolaciones y las desolaciones.

Los momentos de *desolación* pueden significar un aldabonazo para salir de la atonía o frialdad espirituales o de la falta de compromiso serio en la sociedad: o tal vez una invitación a la confianza en medio de un entorno de decepción y desesperanza; o un impulso para mantener el esfuerzo en la tarea social, en el voluntariado o en el quehacer político; un aprendizaje de la gratuidad tan necesaria en muchos campos de la vida (en la vida familiar, en la colaboración en tareas sociales, en la dedicación a los ancianos, etc.). Y en momentos de *consolación* una persona ha de aprender la alegría de la humildad, es decir, el reconocimiento agradecido del don recibido, actitud que se manifiesta en un talante positivo con todo el mundo y en la comprensión con las personas más débiles. También puede ser una buena ocasión para reafirmarse en la línea de un compromiso serio, con el esfuerzo consiguiente; también una oportunidad para aportar con sencillez una colaboración más generosa a iniciativas que requieren constancia y entrega desinteresada.

## **2. EL “SUJETO” DEL DISCERNIMIENTO IGNACIANO**

Para San Ignacio no es posible un auténtico y pleno discernimiento si no hay “sujeto” de discernimiento. De hecho, dedica una parte muy importante de los Ejercicios a preparar al “sujeto” del discernimiento, antes de proponer el proceso mismo de la elección o reforma de vida, central en los Ejercicios.

¿Qué es lo que define al “sujeto” ignaciano?: que la persona cuente con un conjunto de capacidades personales mínimas, de habilidades y de actitudes e incluso de momento vital que posibiliten el que haga con rigor y garantía un determinado proceso personal o espiritual, en nuestro caso el del discernimiento. Ignacio insiste siempre mucho en que no se propongan ni se emprendan procesos que desborden las posibilidades del “sujeto”, incluso que no se propongan procesos que la persona no pueda “descansadamente llevar”.

Vamos a enumerar algunas de las características del sujeto de discernimiento ignaciano. Pero antes de ello me parecen importantes dos precisiones. La primera es que el sujeto de discernimiento no se “improvisa”: es necesario un trabajo y un cuidado de aquellas capacidades, hábitos y actitudes que nos van a ayudar a crecer como “sujetos” de discernimiento. La segunda, complementaria, es que todos y durante toda la vida vamos creciendo como sujetos de discernimiento: ni nacemos siéndolo, ni llegamos nunca a serlo en plenitud; pero, supuesto un mínimo necesario y conseguido, el mismo ejercicio del discernimiento nos ayudará a crecer como sujetos.

Esto supuesto, señalo algunos elementos importantes en la concepción ignaciana del “sujeto” de discernimiento:

### **2.1. Una persona de “deseo”**

El “deseo”, y el deseo de amar más y mejor, está en la base del sujeto de discernimiento. Discernir, en ignaciano, no es simplemente “elegir”, sino apostar por el “más” y arriesgar en la vida y en el amor. Y eso se fragua en un deseo vivo de responder al amor que uno ha recibido. En el fondo del deseo, y como sustento vital del discernimiento, está el agradecimiento. El agradecimiento “por tanto bien recibido” y de la “... memoria... de cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado...”. Decíamos anteriormente que el discernimiento es un movimiento del amor, que busca cómo amar más y mejor, cómo responder con más generosidad, cómo servir más humilde y gratuitamente...

### **2.2. Una persona lúcida y cuidadosa de su libertad interior**

Ignacio plantea que en los procesos de decisión y discernimiento la coherencia buscada entre fin y medios (“lo que más conduce para el fin”) queda quebrada y cortada en muchas ocasiones por diversos factores que afectan a la libertad interior con la que tomamos nuestras decisiones. Y, si carecemos de esa libertad, podemos hacer “trampa” a la hora de elegir: “trayendo el fin al medio y no el medio al fin”, “de manera que allí venga Dios donde él quiere”. Elegimos lo predeterminado de antemano, teórica o fácticamente, y luego buscamos cómo justificar nuestra elección. No se da una elección “limpia”.

Según la propuesta ignaciana hay que atender a tres elementos fundamentales a la hora de evaluar y cuidar nuestra libertad interior. El primero es la dependencia de nuestra propia imagen y prestigio y de la opinión ajena con respecto a lo que somos y hacemos, supuesto que, además, los criterios de valoración de nuestra sociedad no son los evangélicos. Otro elemento a atender es el de nuestros apegos afectivos; el problema no es que aquello a lo que estamos “apegados” o “dependientes” sea malo o bueno: puede ser, en principio, bueno, pero lo que es malo (a afectos de la libertad en el discernimiento) es nuestra dependencia de ello. Finalmente, hay que prestar atención a nuestros miedos, a nuestro universo particular de temores, del que si no somos conscientes o no ponemos bajo control no podemos esperar sino la parálisis.

### **2.3. Una persona que es capaz de trabajar las/con mediaciones**

Discernir exige, muchas veces, optar por mediaciones concretas que traduzcan los generosos deseos llenos de ideal a las circunstancias concretas y prosaicas de la vida, en una traducción que no siempre es fácil ni de hacer ni de vivir. Porque discernir no es elegir entre lo bueno y lo malo, sino entre cosas o buenas o indiferentes y que, en la mayoría de casos tienen una inevitable carga de ambigüedad. Muchas veces las consecuencias de las decisiones son complejas y no todas deseadas o deseables y con costos de muy variada tipología. El discernimiento ignaciano requiere una persona que huye de fundamentalismos y maniqueísmos, con suficiente criterio propio frente a

criterios o tópicos preestablecidos, que no queda inmovilizada por el hecho de escoger y que es capaz, incluso, de “mancharse las manos” si ello pareciera necesario... Una persona, en definitiva, metida en la realidad de la vida y que evita angelismos y evasiones.

#### **2.4. Una persona que se deja “acompañar”**

El discernimiento ignaciano es un proceso personal, en el que la persona ha de asumir todo protagonismo y responsabilidad en las decisiones que toma, pero no es nunca un proceso que se haga en solitario. Por su propia experiencia, Ignacio es muy consciente de los engaños y desenfocos que se pueden dar, y se dan, cuando los procesos espirituales y los procesos de discernimiento, se abordan en solitario. El sujeto del discernimiento ignaciano ha de tener una disposición afectiva y efectiva de dejarse acompañar y una experiencia previa y propia de acompañamiento.

Aunque el del acompañamiento es un tema que ahora nos desborda, quiero indicar sencillamente tres referencias de acompañamiento en el discernimiento. La primera es la de un acompañamiento personal de alguien con quien más de cerca vamos confrontando nuestro proceso. Otra es una referencia grupal y/o comunitaria que ayuda, entre otras cosas, a que los deseos se mantengan presentes y vivos y a sentirnos acompañados en nuestras dificultades y estimulados en nuestros decaimientos. Finalmente, todo discernimiento cristiano ha de tener siempre la referencia de la contemplación de la persona de Jesús, en quien se expresan de un modo sublime todos los matices del amor.

#### **2.5. Una persona humilde que acepte que se puede equivocar**

El discernimiento, incluso el mejor posible, no es una garantía de infalibilidad. Podemos equivocarnos. Con el discernimiento buscamos la honestidad con nosotros mismos, con Dios, con los demás, la verdad en nuestra vida...; queremos acertar y ponemos todo lo que está en nuestra mano para ello, pero no siempre vamos a acertar en el resultado, en la decisión, aunque sí acertemos en la actitud.

El discernimiento ignaciano no acaba con la toma de la decisión que sea, sino que pide y espera “confirmación”, la confirmación de la vida de que, efectivamente, nuestra decisión ha sido la correcta en términos evangélicos. Y la vida unas veces, seguramente las más, confirmará nuestra decisión, pero otras la desmentirá. Y nos obligará a repensar las cosas.

Por eso, la persona que quiere ser un buen “sujeto” de discernimiento ha de ser una persona humilde, que rechace toda tentación de infalibilidad, y que esté dispuesta a esperar y escuchar lo que la vida le va diciendo acerca de las decisiones que va tomando. Y el que se equivoque (es decir, que la vida le ponga de manifiesto el error de alguna de sus decisiones) no significa necesariamente ni que haya hecho mal el discernimiento, ni que sea incapaz de hacerlo... Significa, simplemente, que es humano, eso que, a veces, nos cuesta tanto aceptar...



### 3. LOS DIVERSOS MODOS Y TIEMPOS DEL DISCERNIMIENTO

San Ignacio indica en el libro de los Ejercicios que hay diversos “tiempos” y “modos” en el discernimiento. Es decir, que hay diversas modalidades de discernimiento y que las circunstancias diversas hacen aconsejable la utilización de una u otra. Es un error pensar que sólo hay una forma y manera de hacer discernimiento, o que sólo podemos hablar de “elección” si se hace un único y determinado proceso, de una única y determinada manera.

Discernimiento supone atención a las mociones interiores y actitud y clima orante. Pero, asegurando esto, las formas pueden ser muy diversas. Nada de ello excluye la consideración “racional” de argumentos o razones, sino que incluso es conveniente, pero la mera consideración racional de argumentos no es un discernimiento.

Todo esto supuesto, creo que, en la práctica, nos son posibles y útiles tres formas diversas de discernimiento:

- a) El discernimiento cotidiano que tiene que ver con la “atención” y el “cuidado” con los que vivimos nuestra vida cotidiana y que van haciendo posible que nuestras pequeñas decisiones cotidianas tengan “tono” evangélico... Su estructura básica es el “examen” ignaciano: un sencillo ejercicio habitual de acción de gracias que nos motiva para vivir agradecida y generosamente y que nos mantiene despiertos y vivos sobre nuestra libertad;
- b) Otra forma de discernimiento es la que utilizamos cuando al tener que tomar decisiones de cierta envergadura o trascendencia las “señalamos” y “aislamos” y pedimos o nos damos un tiempo para decidir sobre ellas... No es éste un tiempo “vacío”, no se trata simplemente de dejar pasar el tiempo: es un tiempo en el que estamos particularmente atentos a nuestros sentimientos y movimientos interiores, cuidamos más la oración y el acompañamiento, dedicamos también un cierto tiempo a la reflexión...y decidimos;
- c) Finalmente, puede suceder también que ante decisiones de trascendencia en la vida, y siendo ello posible, hacemos un esfuerzo más intenso de discernimiento sea en la vida o en retiro.

Obviamente, así como la primera de estas formas debiera ser cotidiana, la segunda puede darse con alguna frecuencia, mientras que la tercera se va a dar sólo en contadas ocasiones.

San Ignacio nos habla en los Ejercicios no sólo de la “elección”, sino de la “reforma de vida”. Consiste ésta no tanto en la elección concreta de una opción u otra, sino en que en el contexto de una experiencia personal o espiritual (ejercicios, curso de formación, experiencia de voluntariado, etc....) hago una mirada o revisión sobre mi modo de vida y capto las llamadas que me hace el Señor (directamente y por las mediaciones humanas con las que me encuentro) a “reformular” o vivir de otro modo algunas de las facetas de mi vida. Por poner algunos ejemplos: no voy a hacer unos ejercicios para

“elegir” nada, pero el proceso mismo de los ejercicios me va poniendo de manifiesto aspectos de mi vida que necesitarían mejora o reforma; o inicio un proceso de formación sin un objetivo concreto predeterminado, pero a lo largo del mismo he descubierto elementos que pueden ser útiles para mi vida y los incorporo...

#### 4. ALGUNOS SUJETOS DE DISCERNIMIENTO

##### *La comunidad cristiana*

Las comunidades cristianas primitivas se reunían no sólo para celebrar la eucaristía o para orar, sino para deliberar juntas. En estas reuniones tomaban conciencia en común de los hechos o cuestiones que se planteaban, enfocaban estos asuntos a la luz de la palabra de Dios, dialogaban sobre ello y decidían, en clima de una gran confianza en la bondad de Dios. Así se puede ver en los Hechos de los Apóstoles cuando la comunidad ha de elegir al sustituto de Judas, cuando delibera sobre la necesidad de crear unos diáconos, cuando ha de enviar a algunos de ellos a evangelizar más allá de Jerusalén, cuando ha de afrontar los problemas surgidos entre los judaizantes y los cristianos provenientes del mundo pagano.

Esta actitud de las primeras comunidades es lo que hoy debería fomentarse y prepararse si no queremos que la Iglesia como comunidad vaya anquilosándose y convirtiéndose en una realidad más o menos imponente y poderosa, pero pierda toda significación en una sociedad que tiene resueltos todos los problemas y que está necesitada todavía de *sal* y de *luz* evangélicas. Por tanto, se deberá avanzar mucho en el análisis de las realidades que sean objeto de discernimiento, con la máxima participación de las personas de la comunidad; progresar en la experiencia de una oración inspirada en la Palabra, pero arraigada en lo cotidiano; realizar una reflexión serena y compartida sobre los signos de Dios; crecer en capacidad de diálogo abierto, dejándose interpelar por los demás, ya que no se trata de convencer, sino de buscar decisiones operativas, aunque modestas. Esto vale para comunidades o movimientos apostólicos; para comunidades religiosas, con sus reuniones y capítulos o asambleas; para consejos de todo tipo (pastorales, arciprestales, presbiterales...), para planificaciones pastorales, etc.

La dimensión pastoral de la comunidad cristiana alcanza a la dimensión pública de la vida, es decir, la política. “A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas, y económicas que aparezcan necesarias con urgencia en cada caso”<sup>5</sup>. Muchas veces el discernimiento es individual, pero lo más corriente es la comunidad cristiana la que ha de pronunciarse en distintos momentos. Tanto la praxis como la reflexión en este campo es todavía demasiado escasa, pero algo se ha avanzado<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Pablo VI, *Octogesima Adveniens*, 4.

<sup>6</sup> El monográfico “Décider” de la revista canadiense *Cahiers de Spiritualité Ignatienne* (n. 121 janvier – avril 2008) ofrece un conjunto de estudios de interés sobre el discernimiento político. Puede verse también: J.B. Libânio, *Discernimiento y mediaciones sociopolíticas*, CCJ – EIDES, n.24.

### *El ejercicio de la autoridad*

La autoridad en la Iglesia es un servicio a la vida creyente de la comunidad y a la evangelización. No cabe, pues, duda de que deba ser un servicio espiritual, en el sentido fuerte de la palabra. Ciertamente, hay distintos tipos de autoridad y distintas formas de participación en su ejercicio, pero como la autoridad no es nunca soberana en la Iglesia, sino que se ha de guiar por el evangelio y la luz del Espíritu, en el proceso hermenéutico que lleva al conocimiento de la voluntad de Dios la comunidad, responsable también de la realización de los designios de Dios, debe participar de algún modo.

No entro en la distinción entre la autoridad propia de obispos y papa y la autoridad en las distintas formas de comunidad cristiana con sus constituciones y reglas propias. Lo indudable es que quienes ejercen la autoridad no deben excluir toda forma de participación en el proceso de discernimiento. Y, además, aun admitiendo que en determinados casos la autoridad tiene capacidad deliberativa y, por tanto, la participación comunitaria es de algún modo sólo consultiva, no se debe prescindir de la luz que aporta el discernimiento de grupos y comunidades. En este caso quien ejerce la autoridad, decidirá libremente, pero a la luz del discernimiento comunitario.

Estas palabras recientes de un obispo en un escrito sobre la crisis económica expresan bien como integrar la colaboración de la comunidad en el discernimiento de la autoridad: “Después de haber escuchado voces autorizadas de cristianos insertos en el mundo laboral y económico, aprovechando distintos informes relativos al caso, y con la voluntad de hacer un discernimiento a la luz del Evangelio, creemos poder ofrecer las siguientes consideraciones”<sup>7</sup>.

### *Cristianos adultos e Iglesia viva*

Ciertamente, la práctica del discernimiento para tomar decisiones propiamente evangélicas no debe banalizarse aplicándolo a cuestiones, para cuya solución sólo se requiere sentido común. Por esto ya san Benito sostenía que a la comunidad sólo se la debía convocar para asuntos graves, dejando a algunos delegados los más sencillos<sup>8</sup>. Y San Francisco de Sales, partiendo de la clásica comparación del discernimiento con la operación del cambista, que distingue las monedas auténticas de las falsas, decía que no se debe perder tiempo con las pequeñas, “no es costumbre pesar las monedas chicas, sino las de más valor”<sup>9</sup>.

Sin embargo, ni el discernimiento de las comunidades ni el ejercicio de la autoridad apoyado en el discernimiento de cristianos y cristianas es posible sin que todos tengamos un grado mínimo de experiencia personal de discernimiento evangélico. Y como el Nuevo Testamento nos enseña que el discernimiento es lo que cualifica a un cristiano como adulto (cf. Hebreos 5,12-14 Filipenses 1,9-11), nos hallamos ante un asunto que define la calidad de la vida cristiana y de la vida humana.

---

<sup>7</sup> Agustí Cortés Soriano, obispo de Sant Feliu de Llobregat, 06.12.2008.

<sup>8</sup> *Regla*, capítulo 3.

<sup>9</sup> *Tratado del amor de Dios*, libro VIII, capítulo 14.

Ciertamente, adiestrarnos en el discernimiento, sobre todo en medio de la vida eclesial y social de hoy, es un desafío serio, pero también este reto nos coloca en la disyuntiva de apuntar hacia un cristianismo más o menos gregario y de poca significación en la sociedad actual o de recorrer pacientemente el camino de formarnos como individuos y como comunidades para la práctica de este discernimiento cristiano. Además, a quienes desempeñan distintos servicios de autoridad en la Iglesia, se les pide fe en la acción del Espíritu en las personas y en las comunidades, ya que el Espíritu no ha abdicado en la autoridad eclesial. Ciertamente estamos lejos de haber alcanzado un nivel aceptable en el camino de la verdadera corresponsabilidad en la Iglesia, pero si nos empeñamos en ello podremos ofrecer a la humanidad un tipo de comunidad humana, verdaderamente espiritual, al estilo de Jesús de Nazaret, de modo que seamos algo de sal de la tierra y luz del mundo. “Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias” (Ap. 2 y 3).

## 5. LAS “REGLAS” DE DISCERNIMIENTO IGNACIANAS

En el libro de los Ejercicios aparecen dos series de “Reglas” de discernimiento que son, quizá, uno de los elementos del discernimiento ignaciano que más se ha popularizado (... y mal interpretado y mal usado...). Será bueno, pues, decir alguna cosa sobre ellas en el tono y con el alcance de esta reflexión sobre el discernimiento orientada a nuestra experiencia cotidiana.

Al comienzo de las mismas, en el Nº 313 de los Ejercicios indica San Ignacio con claridad el fin último y el sentido de esas dos series de reglas. Copio el título original, porque después quiero hacer alguna reflexión sobre el mismo: “Reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para recibir y las malas para lanzar...”

¿Cuál es, pues, la finalidad de estas “reglas”? ayudar a conocer las mociones, los movimientos interiores que experimentamos cuando nos ponemos en situación de discernimiento, movimientos a través de los cuales el Señor se nos hace presente. Y ese “sentir y conocer” (Ignacio habla de un conocimiento “interno”, no meramente nocional... de una sabiduría y no sólo de un saber...) se orienta no a la mera erudición o gusto interior, sino a la acción práctica: “recibir” y “lanzar”. Se trata de ayudarnos con las reglas a saber qué mociones y sentimientos hemos de tener en cuenta y cuáles hemos de desechar. Hay un matiz nada desdeñable en el título ignaciano, supuesta nuestra tendencia a los fundamentalismos y dogmatismos: las “reglas” nos permitirán conocer “en alguna manera”. No estamos ante automatismos infalibles e inapelables.

Las reglas ignacianas se sitúan en el ámbito de la orientación y de la ayuda para el discernimiento y no en un terreno en el que, desafortunadamente, se las sitúa en ocasiones, quizá inducidos por el nombre mismo de “reglas”. Las reglas ignacianas no son parte de un “reglamento”: su género e intención no es el “normativo”, no forman parte de un manual de conducta, o de una especie de reglamento a cumplir. Son orientaciones, consejos, iluminaciones, advertencias sobre situaciones que se dan “regularmente” en el campo de la experiencia espiritual.

## EXCURSUS: DISCERNIR EN LA SOCIEDAD ACTUAL

### *Carta de navegar*

El discernimiento es algo personal, ya que Dios nos conoce a cada uno por nuestro nombre y se nos comunica de forma individual e irreplicable. Sin embargo, hay “aires epocales” que pueden constituirse en llamadas o en riesgos comunes en el camino del seguimiento de Cristo en la búsqueda del Reino de Dios. Veamos algunos de estos aires, que soplan en un sentido u otro.

*Buena Noticia para los pobres.* El evangelio es Buena Noticia para todo el mundo y esto es ya un principio universal para el discernimiento, ya que la Buena Noticia no puede ser amenaza para nadie. Sin embargo, también es cierto que, según el Nuevo Testamento, el mensaje de Jesús y el contenido del seguimiento de Cristo han de ser una Buena Noticia sobre todo para los pobres. Tal vez hoy podría inspirarnos a muchos el ejemplo de Zaqueo, que vivía unas condiciones materiales acomodadas y una posición social privilegiada, y al encontrarse con Jesús se sintió impulsado a practicar con hechos inequívocos la justicia y a compartir generosamente.

*La solidaridad, factor religioso.* Aún dando por supuesto que la solidaridad es una exigencia de humanidad, la experiencia religiosa cristiana conlleva un nuevo y profundo impulso de solidaridad, ya que es comunión trinitaria, es decir, participación en la misma comunión y fuente de comunión. La solidaridad es, pues, un test de la autenticidad de nuestra fe, fundada en el bautismo que es inmersión en el misterio trinitario.

*La codicia, una idolatría.* Una de las raíces más fuertes de la crisis actual ha sido la codicia., como han sostenido muchos análisis y comentarios. Y la codicia no es *especialidad* de nuestra época. Jesús nos advertía de que el dinero era el adversario de Dios (“no se puede servir a Dios y al dinero”) y la carta a los Colosenses afirma que “la codicia es una idolatría”. Es decir, el dinero y el tener no sólo son adversarios de Dios sino simplemente los sustitutos de Dios. Sin embargo, la tradición cristiana ha puesto el acento en los dos polos de codicia y pobreza de espíritu, para indicar que lo que nos amenaza no es tanto algo exterior a nosotros, el dinero, sino la inclinación no controlada hacia el *tener*. La historia nos muestra cómo a menudo han sido pobres los que acaban sentándose en las poltronas de los poderosos y explotadores... La espiritualidad ignaciana ha aprendido de los Ejercicios que el derrumbe de la vida cristiana empieza por la “codicia de riquezas”.

*El individualismo.* La inseguridad del futuro, aumentada por la actual situación de crisis, fomenta el que cada uno vaya a lo suyo y debilite el sentido de solidaridad (se habla de la *erosión de la solidaridad*), que es la base para la construcción de una sociedad verdaderamente humana, y cristiana. La competitividad invade no sólo el mundo de la empresa y de los negocios, sino el del trabajo, el aprendizaje y los estudios, la cultura... El paso del yo al nosotros no es fácil y por tanto se esquiva casi insensiblemente. El *realismo*, ¡no ser *utópicos!*, decide muchas de las opciones que

uno toma de modo ordinario... Y todo alimentado por un pragmatismo que sólo mira a lo inmediato, a lo útil, a lo verificable. Señal de alerta: ¡No somos islas!

*Los engaños de hoy.* La tradición espiritual cristiana ha insistido en que hay que estar muy vigilantes ante los engaños con apariencia de bien, o del “mal disfrazado de bien”. Es algo que suele amenazar sobre todo a personas que obran en la vida con intención de hacer el bien. En estas personas no suele darse el peligro de deslizarse hacia conductas claramente corruptas. Lo que puede influirles son los espejismos que se les cruzan en el camino. Veamos algunos ejemplos:

- *Proclamación insistente de grandes principios.* Se trata del riesgo de contentarse con afirmaciones generales o con la proclamación de ideas de auténtico valor (democracia, Papa, derechos humanos, Vaticano II, Iglesia, etc.), pero sin llegar a concreciones operativas. Refugio, quizá inconsciente, del miedo, de la falta de compromiso, de la comodidad; o también una manera solapada de defender intereses propios.
- *Exhortaciones abstractas o generales.* La exhortación insistente a la práctica de determinadas conductas, pero sin ofrecer caminos concretos para la realización eficaz de ellas. Por ejemplo, la llamada a la opción por los pobres, a la participación comunitaria, a la oración en medio de la vida de hoy, etc. Esto resulta inoperante al no proponer realizaciones válidas y contextuadas y, a veces, conduce a una entrega generosa, pero poco lúcida que acaba en cansancio y abandono. El discernimiento es una sabiduría práctica que culmina no en los principios, sino en las mediaciones.
- *Razones que no son los verdaderos motivos.* La facilidad con que nos montamos teorías sobre decisiones que tomamos o comportamientos que seguimos. Como no podemos alejarnos de la línea de conducta que hemos asumido y profesamos, tendemos a racionalizaciones que sólo en apariencia cubren nuestra conducta o, peor, encubren nuestra incoherencia o egoísmo.
- *Mitos y modas.* Cada época tiene personas o ideales que cobran especial relieve y casi seducen. Se trata de auténticos testigos y de corrientes sociales o eclesiales que nos inducen a una vida más humana, más solidaria, más cristiana. Con todo, corremos a menudo el peligro de un cierto mimetismo en lo personal y de gregarismo en lo colectivo. Nadie puede cerrar los ojos y el corazón a personas como Gandhi, Helder Cámara, Oscar Romero, Pedro Arrupe, Alfonso Comín, Rigoberta Menchú, Etty Hillesum, Simone Weil, etc. Tampoco nadie puede ignorar las interpelaciones del tercer mundo, de la exclusión social en las grandes ciudades, de la crisis económica y social del momento, de la actual búsqueda sincera de espiritualidad... Pero el riesgo se halla en tomar decisiones particulares o colectivas que no respondan al contexto en que se mueven las personas o los colectivos que han de decidir. ¿Cómo acoger en Europa, sin concesiones fáciles o adulteraciones del mensaje recibido, la interpelación que nos viene de América Latina o de África? ¿Qué dice en concreto el testimonio de Casaldáliga a unos profesionales que ejercen en medio de una de nuestras ciudades modernas?

## *El lugar social*

La mirada a la realidad ha de ser lo más objetiva posible. “Un error acerca del mundo redundaría en error acerca de Dios”<sup>10</sup>. Sin embargo la mirada al mundo siempre está condicionada por el lugar desde donde se la contempla: el ambiente, las ideas, la formación, la situación social o familiar, etc. De aquí la importancia en el discernimiento de superar dichos condicionamientos, empezando por la sospecha sobre la propia objetividad. Desde luego, la oración para implorar un corazón limpio es ya un buen medio. Pero, hay que recurrir a otros medios como el diálogo abierto con personas de otras ideas o culturas, la inserción en el mundo de la pobreza real, experiencias personales de colaboración en acciones sociales, vivir algún modo de pobreza como ayuda al conocimiento de la realidad *real* de los pobres, que son la mayoría la humanidad. En nuestra sociedad hemos de tomar conciencia de que el mundo es todo lo que no es el *primer mundo*, la inmensa mayoría de la humanidad. En cualquier caso no olvidar la advertencia machadiana de escuchar a nuestro complementario que es *nuestro contrario*.

---

<sup>10</sup> Tomás de Aquino, *Summa contra Gentes*, II, 3.